

¿Revolución en la revolución?

La Comuna de Polonia

Marcelo Schilling

Los grandes estallidos sociales aparentan tener su origen en incidentes inmediatos y de "poca monta".

Polonia 1980 no escapó a esta especie de norma. El primer grito que se escuchó en los astilleros Lenin y Comuna de París en Gdansk, cuya huelga terminaría por investir de rasgos políticos y de carácter nacional al movimiento económico reivindicacionista y focalizado que se desarrollaba desde julio de 1980 en el país, fue: "¡Anna! ¡Reintegrad a Anna!". Se exigía así a la dirección del astillero Lenin que Anna Walentynowicz (la libertad parece tener nombre de mujer), antigua y prestigiada luchadora obrera "no oficialista", fuera reincorporada a su trabajo, junto a otros dos de sus camaradas. Poco antes, Anna había sido despedida bajo la acusación de "agitadora". Sin embargo, la Walentynowicz, miembro del comité de huelga en Gdansk 1970 y distribuidora del periódico ilegal *Robotnik (El obrero)* no era más que el detonante de un conflicto mayor, de más remotos antecedentes y vastas proyecciones.

¿Donde y qué buscar?

¿En las "lagunas" de la teoría de Marx?, ¿o de Lenin? Es el camino sugerido por aquéllos que ponen en duda la existencia de una teoría política y, o del Estado en Marx, Lenin y sus continuadores.

Marx, como crítico de un estudio preciso del capitalismo y testigo de la experiencia de la Comuna de París, y Lenin, en tanto crítico de otro período de su desarrollo y orientador principal de la primera revolución anticapitalista, concluyeron en la necesidad de todo un período histórico para la

transición a la sociedad sin clases. Ambos la definen necesaria por cuanto estiman que, aún cuando conquistado el poder por la clase obrera, persiste la lucha de clases. Por lo mismo, postulan que transitoriamente se precisa organizar la nueva dominación, que eliminará toda dominación, en un Estado de dictadura del proletariado.

Producida su teoría revolucionaria en condiciones históricas concretas no podían, Lenin y Marx, sino dejar "lagunas" en sus formulaciones sobre teoría política y del Estado para la organización de la nueva dominación transitoria. Desconociendo la duración del período de tránsito y aún errando en el vaticinio al respecto, así como desconociendo los condicionamientos y la dinámica concreta que anima la transición, mal podían elaborar con base científica una teoría política y del Estado acabada para dicho período.

Ello no obstante, ambos propusieron medidas tendientes a eliminar las diferencias entre dirigentes y dirigidos en el Estado de transición. Para Marx estas medidas eran las de la Comuna (en particular, salario funcionario igual al salario obrero, elegibilidad y revocabilidad de todos los mandatos, el pueblo en armas). Para Lenin eran las propuestas de limitar el poder de la nascente burocracia soviética, sobre cuya peligrosidad alertaba en el documento conocido como su testamento político. En consecuencia, tal vez podamos "disculpar" a Marx y Lenin de los sucesos que actualmente conmueven al movimiento revolucionario mundial: Polonia 1980-1981; el exilio masivo de cubanos al "paraíso" estadounidense en 1980; la guerra chino-vietnamita; Cambodia; Checoeslovaquia 68; Hungría 56; y bastantes más.

Si no es en las "lagunas" de la teoría revolucionaria donde resulta acertado hurgar para descubrir las causas de la situación actual de Polonia y, en general, del "socialismo realmente existente", podría resultar recomendable investigar en las condiciones históricas específicas y en la dinámica concreta que anima el desenvolvimiento de las sociedades generadas a partir de las revoluciones anticapitalistas triunfantes.

Retraso y coexistencia

Tal vez sea en la cuestión de la apropiación del patrimonio científico cultural de la humanidad, resultante del desarrollo de las fuerzas productivas, por el proletariado y los explotados en general, y en lo lato del período de coexistencia entre los regímenes de transición y el imperialismo, donde se pueda encontrar las claves explicativas de la situación polaca actual.

El primer problema está en la base del surgimiento de la burocracia como fuerza social y política dirigente en la transición, en tanto este conglomerado social proporciona la intermediación necesaria para la superación de la contradicción entre teoría y movimiento. El carácter inicialmente progresista de este grupo político social no puede desconocerse por el hecho de terminar convirtiéndose en una nueva clase dominante que tiende a reproducir y perpetuar su condición de privilegio.

Sin embargo, la realidad demostró que las revoluciones anticapitalistas, en vez de dar lugar a un proceso más o menos acelerado de eliminación de las diferencias entre dominados y dominadores, vieron cristalizar una nueva for-

ma de dominación, ejercida por la burocracia político-tecnocrática a través del partido y del Estado. De ahí que subsistan los "políticos" y los "no políticos", y la "política" como negocio exclusivo de los primeros en los países del "socialismo realmente existente" (Jrushov, por ejemplo, enterado del compromiso del filósofo marxista Georg Lukács con los insurrectos de Budapest, Hungría, en 1956, suspiraba no sin indignación: "¿Qué necesidad tenía él de ocuparse de política?").

La cuestión de la coexistencia prolongada entre los regímenes de transición al socialismo y el capitalismo, condujo a la incorporación, por los primeros, de criterios de macropolítica o geopolítica en sus diseños de estrategia interna y exterior. El privilegio de estos criterios ha redundado en la imposibilidad de conciliar el carácter obligatoriamente nacional de cada revolución, con el sentido universal del socialismo y de la lucha contra el imperialismo, de tal modo que nacionalismo e internacionalismo se correlacionen armónicamente. Esto es, que la integración internacionalista de los países en transición al socialismo se lleve a cabo en términos de respeto, equidad e igualdad.

Nacionalismo polaco y geopolítica soviética

En el trasfondo del conflicto actual ¡y con qué fuerza!, está el asunto del nacionalismo polaco, sentimiento exacerbado por las vicisitudes históricas que atravesó el pueblo polaco desde 1697 en adelante. Al respecto baste recordar que entre 1697 y 1917, Francia, Austria, Prusia, Alemania y Rusia invadieron, dividieron y se repartieron en varias ocasiones a Polonia.

La URSS, ya como tal, no fue ajena al martirio de la nación polaca. En

1920 los polacos detienen al Ejército Rojo frente a Varsovia; el pacto Molotov-Von Ribentrop, de 1939, prevé en sus cláusulas secretas la partición de Polonia, y en ese mismo año Hitler se anexa las provincias occidentales de aquella y la URSS de Stalin sus provincias orientales. Junto con esto, Stalin decreta la disolución de todos los partidos políticos polacos, incluido el comunista. Miles de socialistas, socialdemócratas y agraristas son arrestados, y deportados a la URSS. Parte importante desaparecen o son ejecutados (como Erlich y Alter, líderes del Partido Obrero Judío-BUND, que concurriera a la fundación del POSDR por "actividades antisoviéticas". Los mismos comunistas polacos —como Gomulka, por ejemplo— no fueron inmunes a acciones positivas de los soviéticos, en la medida que interpretaban las reivindicaciones nacionalistas de su pueblo. Los sucesos del bosque Katyn, donde fueron encontrados 4 mil cadáveres de oficiales y suboficiales polacos, supuestamente asesinados por orden de Stalin o Beria, y de la insurrección antinazi de Varsovia el 1º de agosto de 1944, sangrientamente sofocada por el invasor nazi ante la inmovilidad del Ejército Rojo que ocupaba el barrio Praga de la ciudad, sellarán el antisovietismo del pueblo polaco.

La decisión soviética de sacrificar la insurrección de Varsovia en agosto de 1944 obedeció al hecho que ésta fue lanzada por el "gobierno de Londres", que se proponía restaurar el capitalismo y la democracia burguesa en Polonia, así como enfrentar el "peligro soviético"; mientras que a la URSS le interesaba fortalecer al "gobierno de Lublin", hegemonizado por el Partido Obrero Polaco (POP), el Movimiento de los Socialistas de Izquierda y el Ejército del Pueblo; y partidario de la implantación del socialismo en Polo-

nia. En perspectiva histórica, esa decisión geopolítica costaría caro a la URSS y a los propios comunistas polacos, desde que éstos comenzaron a ser vistos por sus compatriotas como agentes soviéticos en el país.

Algo similar ocurriría con la disposición de Stalin de proscribir incluso los partidos socialistas y comunistas. Esta determinación se fundó en que dichos partidos, contrariando lo acordado entre Molotov y Von Ribentrop, no se resignaban a cruzarse de brazos frente a la anexión de Polonia occidental por los alemanes. La resistencia en el terreno cuyo dominio fue concedido a Hitler era un atentado contra el pacto germano soviético y, en última instancia, era resistirse a la defensa de la "patria del socialismo". El decreto de Stalin conduce a la reorganización de los comunistas como POP, bajo la conducción de Gomulka y hasta en contra de la diplomacia soviética, lo cual explica en mucho la solidaridad de Gomulka para con la Yugoslavia de Tito y el fervor nacionalista del POP en general.

Tradición autónoma

El socialismo en Polonia cuenta con una larga tradición de lucha, existencia y elaboración teórica autónoma. Buen testimonio de ello es la figura de Rosa Luxemburgo, sus análisis sobre la revolución y la cuestión nacional polaca, y sus polémicas con Lenin; cuestión, esta última, inadmisibles para la URSS de Stalin por cuanto la teoría de Lenin ya había sido codificada como "leninismo" y erigida en alfa y omega de la revolución. La herencia luxemburguiana del primero PC, luego POP y finalmente POUP, siempre sería motivo para la desconfianza del PCUS respecto de los comunistas polacos.

Mucho mito existe en relación a cómo consiguieron los comunistas de las democracias populares hacerse del po-

EL TRIUNFO DE MITTERRAND EN CHILE

— ¿Podrá el proceso político chileno tener un desenlace como el francés? Llegar a una elección como la de ellos . . .

— ¡Tiene que ser así! ¡Tiene que ser! Si la historia no se detiene. No se ha detenido nunca, ¿por qué se va a detener aquí? Sería terrible . . . El triunfo de Mitterrand me dio esperanzas, porque, de repente, las cosas cambian."

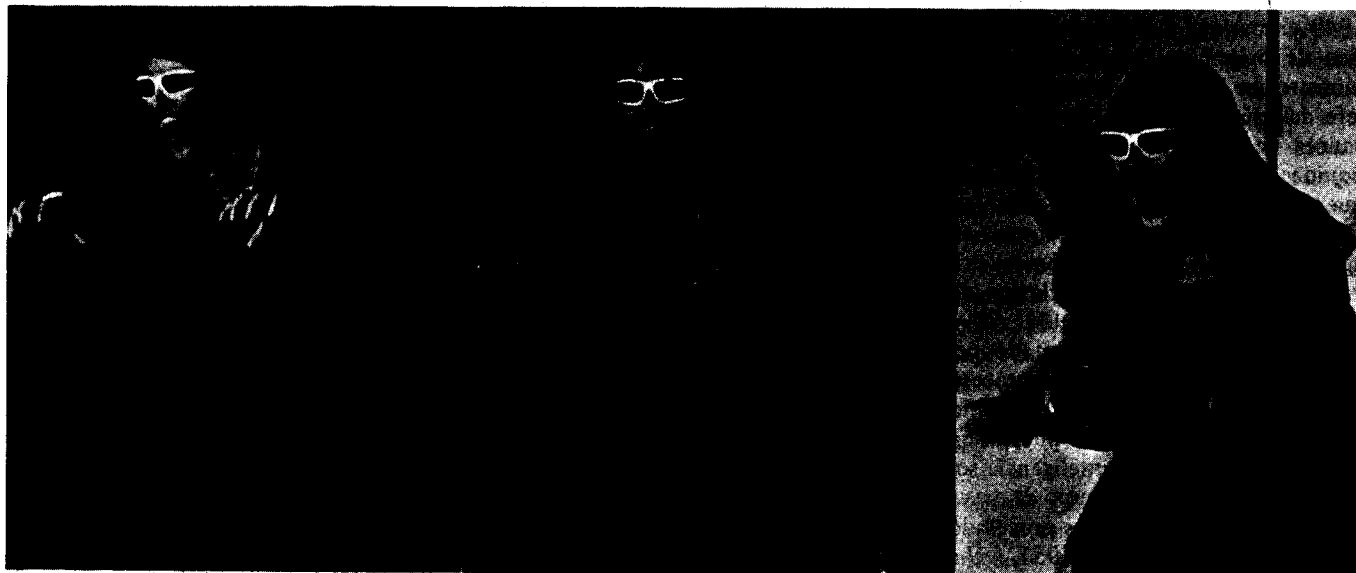
Matilde Urrutia, viuda de Pablo Neruda, en *Hoy* núm. 203, Santiago de Chile, 10 al 16 de junio de 1981.

der. Simplemente se suele atribuir el hecho al papel protagónico de la URSS y el Ejército Rojo. Si bien es cierto que el apoyo soviético fue determinante para resolver la cuestión del poder.

Nacionalismo sometido

La imagen de los obreros orando multitudinariamente en los patios de los astilleros de Gdansk, en agosto de

polacos en la reunión convocada en París para explicar el exacto alcance de las propuestas del Plan Marshall, la radio de Moscú informa, sin consulta a los afectados, que polacos y checos



favorablemente a los comunistas, no es menos verídico que éstos, las más de las veces, hubieron de emprender su camino contradiciendo las consideraciones de macropolítica de la URSS.

Especialmente en el caso polaco, los comunistas pudieron triunfar no sólo gracias a su coherencia programática y orgánica, sino también —y fundamentalmente— debido al arraigado y extendido “sentimiento socialista” de las masas populares polacas, que las llevaba a respaldar el programa de socialización de los medios de producción, reforma agraria, depuración del Estado y participación democrática, postulado por los comunistas. Estos aparecían como el partido de la renovación y de la unidad nacional, del no compromiso ni con los antiguos privilegiados, ni con el ocupante nazi (esto pese al pacto Molotov-Von Ribentrop, por cuanto el POP fue un eficaz y duro resistente antifascista cuya labor de sabotaje en la retaguardia alemana contribuyó decisivamente a la desarticulación de la logística de las tropas nazis del “frente oriental”). Sin embargo, los comunistas no hubieran resultado victoriosos sin asumir la tradición nacionalista del pueblo polaco y sin ponerse al frente de ella, impulsándola.

1980, ha recordado a la opinión pública mundial que en Polonia existen comunistas católicos. Pero, esa visión no recordó que también hay, y muchos, comunistas polacos. . . ¡nacionalistas! Uno de ellos, y por hablar ya sólo de “comunistas en el poder”, es Gomulka.

El POP, con Gomulka como primer secretario, y sus partidos aliados, impulsaron eficazmente la reconstrucción de Polonia. Inicialmente, la nacionalización de la industria no fue motivo de conflictos mayores debido a que gran parte de los empresarios expropiados eran alemanes. La reforma agraria, con la expansión de las fronteras polacas hacia el este como producto de los acuerdos de Yalta, realizó un rápido y masivo reparto de tierras entre los campesinos. El nivel de vida de los polacos mejoró sensiblemente. Sin embargo, el POP no lanzó la colectivización forzosa del agro y las aristas nacionalistas de la política exterior de la Polonia socialista se mantuvieron. La Yugoslavia de Tito, que intentaba ser aislada por Stalin, se benefició de la amistad del POP y de Gomulka.

Además, Polonia se interesa en el Plan Marshall. La presión soviética intenta doblegar estas actitudes y ante la inminencia de la participación de los

“no quieren” participar en dicho Plan pues éste es una trampa tendiente a aislar a la URSS. Los polacos, finalmente, se subordinan a Moscú.

La URSS, para contrarrestar los “cantos de la sirena” del Plan Marshall, organiza la reunión secreta de Wrocław, entre el 22 y 27 de septiembre de 1947. Concurren los partidos comunistas en el poder y algunos partidos comunistas de países capitalistas, como el francés e italiano. Ahí se gesta la Kominform, base del frente único entre las democracias populares y la URSS, y principal instrumento de la “bolchevización” de los partidos comunistas y de la generalización del modelo soviético de planificación, y organización estatal en las repúblicas populares. En 1948, Gomulka, ya como secretario del POUP —partido único— será criticado duramente, acusado de oponerse a la colectivización de la agricultura, de “desviacionismo”, “derechismo”, “nacionalismo” y, finalmente, de “titismo”, pecado éste que pasará a ser sancionado con la excomunión. Gomulka y sus partidarios son expulsados del POUP, a lo cual sigue una purga que afectará a cerca del 30% de los militantes comunistas entre junio de 1948 y octubre de 1951. Es la época

de los grandes procesos de Stalin. En Budapest, el 22 de septiembre de 1949, Rjak es procesado e inculpaado. Entre el 7 y el 14 de diciembre del mismo año, en Sofía, se abre el proceso a Kostov quien se resiste al ritual de la autoinculpación. En Polonia, no hay proceso a Gomulka, pero en noviembre de 1949 el mariscal Rokossowski —soviético de origen polaco— es designado ministro de defensa y comandante en jefe del ejército, lo cual ilustra los alcances en la memoria popular de la liquidación del PC en 1938, del bosque Katyn, del pacto Molotov-Von Ribentrop, de Varsovia abandonada en agosto de 1944, de la invasión soviética consiguiente y de la exclusión de Gomulka del ejército y el POUP.

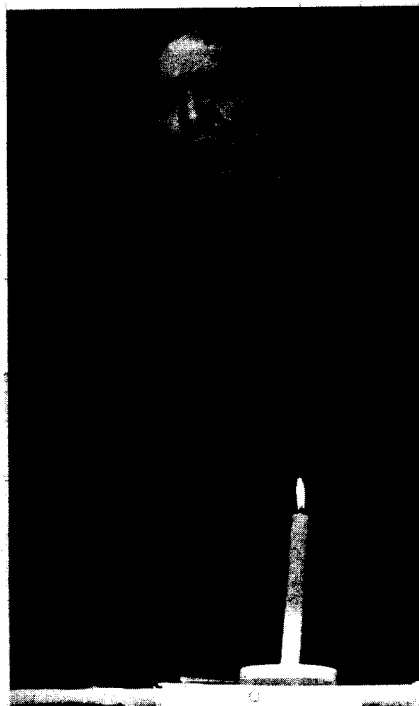
En 1951 Gomulka es arrestado, pero no procesado, aunque en el proceso a Slansky, en Praga, se le indica como uno de los grandes traidores puestos en evidencia por la contrainteligencia socialista. En cambio, un grupo de excolaboradores de Gomulka es procesado a partir del 30 de julio de 1951, fecha exacta del arresto de este último.

Muerte de Stalin

El 6 de marzo de 1953, el comité central del PCUS informa de la muerte de Stalin. En el PCUS se forman tres corrientes que aspiran al poder: la de Molotov, partidaria de sostener el modelo estalinista sin reformas; la de Malenkov, favorable a las reformas económicas de fondo y a cierta liberalización; y la de Jrushov, que postula la desestalinización dirigida por el Estado bajo la conducción del partido. Estas tendencias se reeditarán, casi calcadas, pero con otros nombres, en los partidos en el poder de las democracias populares.

La pugna por el poder en el PCUS se resuelve en favor de Jrushov y éste, en febrero de 1956, durante el XX Congreso del partido, denuncia el "culto a la personalidad" de Stalin dando comienzo al proceso dirigido de "desestalinización" del socialismo. Será a través de la brecha de la lucha de tendencias abierta en el POUP por la "desestalinización" que irrumpirá, en octubre de 1956, el movimiento obrero y popular polaco exigiendo la "democracia socialista" para lo cual crea *de facto* los consejos de autogestión obrera. El crecimiento desmedido de la burocracia, la política económica

agropecuaria y las ofensas al sentimiento nacional de los polacos, conjugados, fueron caldo de cultivo propicio al descontento que hace explosión en 1956 y que arrojaría un balance de 58 muertos entre los insurrectos.



Gomulka, aún encarcelado al inicio de estos sucesos, era por completo ajeno a la lucha de tendencias dentro del POUP. Sin embargo, contaba con su origen campesino, su imagen nacionalista, su calidad de fundador del POUP, y sus rasgos de líder populista para irrumpir en la contienda. Liberado, no es reincorporado al POUP. Pese a esto lanza su programa, en muchos aspectos inaceptable para los soviéticos, toda vez que proponía la "nacionalización" del ejército (esto es, la expulsión de los oficiales soviéticos), un plan de "descolectivización" del agro, libertad religiosa y democratización del socialismo. El programa gomulkista terminará por imponerse, así como Gomulka, en compañía de Gierck, Moczar y otros, regresará al poder en gloria y majestad. El pronunciamiento de Chou En-lai e en favor de los modelos nacionales de socialismo, el frente militar soviético abierto con la invasión de Hungría el mismo año 1956 y la adhesión de la base social a su programa, serán los factores decisivos de la victoria de Gomulka, quien es aceptado por el PCUS y por los "duros" del POUP como el "mal menor", puesto que aparecía como el único capaz de contener y en-

cauzar la efervescencia social en aumento.

La "soberanía limitada"

El intransigente programa original de Gomulka no será llevado a término. Haciendo pié en los consejos de autogestión obrera, economistas como Oscar Lange impulsan desde el gobierno un nuevo modelo de planificación democrática, tras cuyo fracaso se restablece la planificación centralizada. En el POUP las tendencias estalinistas y "liberal estalinista" (partidaria de la "reforma controlada") consiguen llegar a compromisos con Gomulka, lo cual le enajena a éste el apoyo de las fuerzas políticas que lucharán por su regreso. Así, en relación al movimiento obrero, la política gomulkista se tiñe de ambigüedad, particularmente en lo referido a las demandas democráticas de éstos. Mientras los consejos de autogestión obrera languidecen o son cooptados por el poder, el surgimiento y desarrollo de los "kulaks" polacos, y de ciertas actividades económicas privadas en el comercio y la producción manufacturera artesanal hacen de contrapunto a la situación obrera.

Internacionalmente, Gomulka busca contrarrestar la influencia de la URSS. Intenta mediar en el conflicto chino-soviético, lanza iniciativas hacia países capitalistas (que sólo De Gaulle acogerá) y no polemiza con los chinos ni los albaneses cuando estos denuncian su política de privatización del agro, y los privilegios otorgados a la Iglesia. No encontrará eco en sus esfuerzos y, peor todavía, la era de los Gomulka fenecía. Jrushov es desplazado del PCUS y con él la política de "desestalinización".

Dubceck, en Checoslovaquia, en el último y más radical flujo de la ola de "desestalinización" por arriba, ya extemporánea, daba espacio a través del propio PC checo a la democratización del socialismo en el país. En 1968 la experiencia checa es aplastada por la URSS, inaugurándose la doctrina de la "soberanía limitada" de los Estados nacionales socialistas. Gomulka, fracasado en su apertura a Occidente y en su afán de diversificar las relaciones exteriores de Polonia, respalda la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, disdiciéndose de su acentuado nacionalismo. Con ello

podía conquistar simpatías entre los soviéticos, pero sólo antipatía en su pueblo.

En 1970, los obreros —que no así los campesinos, satisfechos con la gestión de Gomulka— reaccionan con levantamientos en las ciudades industriales del Báltico, al anuncio de un alza de precios en los alimentos. Es la gota que desborda el vaso. En Gdansk se produce un enfrentamiento entre los obreros del astillero Comuna de París —que pretendían reincorporarse a su trabajo— y el ejército, a resueltas de lo cual mueren 27 obreros. Aún hoy no se sabe a ciencia cierta si el hecho obedeció a una provocación o a irresponsabilidad. En Zopot y Szczecin los obreros se sublevan, queman el correo mayor, la casa del secretario local del POUP, atacan la milicia (policía) con cocteles Molotov, saquean tiendas y ocupan las calles. El movimiento se expande a Katowice, Poznan y Varsovia. El grupo de Gierek, el de los “partisanos” de Moczar, los jefes del ejército y de la policía deciden remover a Gomulka. Este se niega tenazmente a reunirse al politburó. Finalmente, “hospitalizado”, dimite.

A rey muerto, reyes puestos

La lucha de clases en Polonia, a falta de otro vehículo que la exprese, se desarrolla al interior del POUP. De hecho

Gierek —de origen obrero, conocido como el “rey de Silesia” por su implantación entre los miembros de la zona, ingeniero de minas, buen técnico y gran administrador— aparentemente representaba el triunfo de la clase obrera en 1970. Más allá de las imágenes, Gierek encarnaba el ascenso de las mismas capas técnicas y burocráticas (militares profesionales, economistas, aparatchicks y tecnócratas pragmáticos) que en la URSS se habían impuesto con Brejnev.

La alianza Gierek-Moczar que permitió desplazar a Gomulka del poder, pronto sería desahuciada. El grupo de los “partisanos” —xenófobo, antisemita, antiintelectual y apologista del verticalismo y la jerarquía militar— resultaba disfuncional respecto del proyecto modernizante de Gierek, del estilo de diálogo directo con las masas con que este último pretendía sustituir la democracia exigida por los obreros y de las buenas relaciones con la URSS. Kania, actual Primer Secretario del POUP, como hombre de confianza de Gierek, sería el encargado de “limpiar” el ejército y la policía de los hombres de Moczar, tarea cumplida eficientemente.

La modernización de Polonia tuvo un alto costo, especialmente en el plano de la deuda externa polaca, y en el crecimiento y diferenciación de la burocracia respecto del resto del cuerpo

social, como clase privilegiada.

Actualmente Polonia debe al exterior 20 mil millones de dólares, el doble que la URSS y lo mismo que la suma de las deudas de Hungría, Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia. Este adeudamiento con el exterior, canalizado fundamentalmente a la industria pesada, consiguió parcialmente la finalidad de modernizar la base industrial polaca, pero a costa de graves desequilibrios, especialmente en relación con la agricultura y la industria de bienes de consumo. Por otra parte, la estructura directiva de la gestión económica —jerarquizada de arriba a abajo, rígidamente vertical, prescindente de la participación obrera y eminentemente tecnocrática— acarrió la baja global de la productividad y el trabajo lento y a desgano, ya que los trabajadores identifican en el Estado y sus agentes económicos a un “nuevo patrón”.

A todo esto se agregó que la modernización y la apertura al exterior de la de la economía “dispararon” las diferencias entre “ricos” y “pobres”, al acelerar la gestación y desarrollo de una capa tecno-burocrática dirigente, inmune a todo control social, proclive a la corrupción y con una capacidad de consumo ostentoso simplemente insultante. Al respecto, es significativo el resultado de una encuesta a niños hecha por el semanario del POUP *Polityka*. Consultados sobre sus aspiraciones para

“Sí, sí, sí. ¡Claro!

**Cada persona, cada grupo social
debe tener el derecho a expresarse. Pero,**

¿por qué imitar a los partidos y usar la palabra “partido”?

Uno puede decir “asociación”, “club”. El club de los que crían canarios, por ejemplo.

O el club de los que rezan el rosario. Y como el trigo no crece sobre piedras

**— quiero decir que como en Polonia no podemos tener partidos políticos, aparte del que existe ahora —
como los hombres deben adaptarse, deja que los criadores de canarios formen asociaciones.**

Déjalos que tengan estatutos en que se estipule el fomento de la creación de otras asociaciones

— el club de los criadores de conejos o de faisanes o de patos —

y deja que todos nos convirtamos en criadores de canarios, conejos, faisanes, patos, pollos. . .

Lo importante es que estos grupos puedan existir libremente,

para que puedan servir a la sociedad

y el amo no los arreste.

¿Estoy, acaso, diciendo sandeces?”

Lech Walesa

cuando adultos, una niña dijo: "...yo querría trabajar en la policía y tener un *Rolls Royce*" y un muchacho respondió que "...querría ser militar de comando, comprarme una villa y un *Mercedes*". La intención de la revista era ridiculizar la influencia de la IV Occidental de los niños, pero estaba metiendo el dedo en la llaga al revelar por boca infantil los privilegios de la policía y los militares, únicos estamentos —junto a los funcionarios del aparato partidario y estatal— en condiciones de acceder a ese consumo de *Mercedes*, villas y demás.

La cambiante oposición

La historia del poder en Polonia, tiene su contraparte: una larga tradición de oposición obrera intelectual. Por cierto, esta última conoce de continuidades y rupturas. En 1956, 1970, 1976 y 1980, ni los nombres son los mismos, ni tampoco la calidad de las reivindicaciones del movimiento social.

En 1956, la idea dominante en la oposición política al régimen era la de caracterizar el sistema polaco como "socialista con una desviación burocrática" y en consecuencia la tarea era corregir tal desviación. De ahí la proposición y gestación de los "consejos obreros" como remedio de la enfermedad burocrática. Andrzej Stawar, marxista polaco, de la tradición de Lenin, crítico de las realidades a que dio lugar la revolución de octubre y por lo mismo perseguido, vio popularizarse sus ensayos con ocasión de los acontecimientos de 1956 entre amplios sectores obreros, intelectuales y militantes de Polonia. En 1964 Jacek Kuron y Karol Modzelewski, dirigentes de la juventud comunista y, el segundo, hijo del ministro de Relaciones Exteriores, dirigen una "Carta del partido obrero polaco" en que centran las demandas de la oposición intelectual en la restauración de los derechos civiles e individuales en Polonia.

Es la transición a la confusión que terminará de manifestarse plenamente en 1970. En efecto, el movimiento social opositor desatado este año se caracteriza por la ambigüedad de sus planteamientos. No se exige la autogestión, como en 1956, y tampoco se pide sindicatos libres. La fortaleza de la idea de la propiedad colectiva de los medios de producción y del carácter de "poder obrero" del régimen, aún

condicionan y morigeran fuertemente las demandas de la base social. Es por ello que al fin de las huelgas de Szczecin, Baluka, antiguo dirigente trotskista polaco, afirmará: "Sabemos ya hacer la huelga, aún no sabemos ganarla"; lo cual es sugerente en cuanto a la incapacidad del movimiento, en esas fechas, para definir y organizar las condiciones de su éxito.

En 1976, antes de los acontecimientos de las ciudades Ursus y Radom, que arrojaron un saldo de 17 obreros muertos por la represión, se expresó por última vez la confianza en la posibilidad de la "reforma del partido". En efecto, Modzelewski al iniciarse las huelgas, Modzelewski envió una carta a Gierek sosteniendo: "... es de vuestro interés permitir a la clase obrera organizarse, pues de otro modo usted no tendrá a nadie para negociar. Usted tiene una multitud hostil y eso es todo. Esto es un peligro real para el país".

Ursus y Radom 76, con su secuela de muertos y represión, es el hito de ruptura definitiva con las visiones anteriores, sobre todo en relación a la creencia en la "reforma" del POUP. Ya no habrá nuevos consejos como "amigo" del régimen. Kuron y otros crean el Comité de Autodefensa (KOR) cuyo fin inicial era asumir la defensa de los obreros perseguidos, para posteriormente ampliar su acción a toda la sociedad, instante en que el KOR pasa a denominarse Comité de Autodefensa Social (KSS).

Fin de la ilusión

La "guerra de clases" se había declarado. Walesa, técnico electricista, uno de los dirigentes en la huelga de Gdansk en 1970, será encarcelado 18 veces entre 1970 y 1980, y acosado al punto que se verá compelido a trasladar su familia al campo para poder alimentarla. Se convertirá en activista no remunerado de la oposición obrera. Con Kuron sucede otro tanto; lo cual lo lleva a vivir en condiciones materiales miserables. Muchos más seguirán suertes similares. Se templaban así los "jefes" de 1980. En la variopinta oposición —que comprende diversos grupos católicos como el KIK, el Znak, el Wiesz y el Pax; de intelectuales progresistas como los grupos Joven Polonia (cercaño a Walesa) y Experiencia y Porvenir; de defensa de los derechos humanos como el ROPCIO; los trotskistas de El Abejarro,

con los cuales sigue Baluka; y hasta nacionalistas anticomunistas como la Confederación de Polonia Independiente —el KOR destaca marcando el ritmo y el sentido del movimiento.

Además, casi todos estos grupos cuentan con militantes del POUP, críticos de su partido, siendo la "doble militancia" un fenómeno extendido. Por ello Adam Michnik —historiador varias veces encarcelado, militante del KOR— sostenía ya en 1977: "El cuadro oponiendo a un aparato monolítico del poder un campo unificado de partidarios de la autogestión sería erróneo. Muy por el contrario, un poder heterogéneo e interiormente dividido coexiste con un movimiento de resistencia social profundamente diferenciado." Sin embargo, la ilusión de la reforma del partido como primer paso de la reforma social, muy arraigada hasta 1976, cede terreno a la idea de supeditada estructura partidaria, al menos en el movimiento opositor de los intelectuales.

El estallido obrero de Gdansk, en agosto de 1980, hace posible lo utópico, destroza cábalas e impone la realidad, galvaniza la unidad de la oposición prácticamente en torno al proyecto del KOR, corrige a los intelectuales en su apreciación sobre las posibilidades de reforma del POUP y estalla las contradicciones al interior de éste al extremo que algunas regiones —como Cracovia— testimoniarán la reforma de facto del partido en el poder. La conciencia del peligro que se cierne sobre la "seguridad nacional" limita el proyecto del movimiento opositor.

En palabras de Kuron, ese proyecto se plantea así: "En el proceso de democratización, la sociedad prepara su porvenir sin sobrepasar los límites impuestos por la seguridad nacional. Pero ellos no permanecen rígidos, retroceden con el deterioro de la situación internacional de la URSS, con el desarrollo de fuerzas que pueden explotar en este país, así como en la zona de su influencia, con la dependencia económica del bloque soviético frente a Occidente, etcétera. La democracia parlamentaria y la independencia constituyente la realización de las aspiraciones de los polacos. No podemos fijarnos esta tarea hoy, sin embargo ella permanece como la meta hacia la cual tienden todas nuestras acciones." En consecuencia, el programa actual se reduce a exigir el control social sobre el

Estado o, más precisamente, a reconstruir el tejido de la sociedad civil polaca.

Opción moral

Para comprender la influencia de la Iglesia Católica en Polonia hay que estar enterados que entre 1975 y 1981, cuando los polacos fueron "borrados del mapa" como Estado y como nación, aquella institución mantuvo no sólo la "fe romana" —frente al protestantismo prusiano y la ortodoxia rusa— sino también su lengua y su sentimiento nacional. Es preciso, además, saber que, mientras en Croacia monseñor Stepinac y en Hungría el cardenal Mindszenty conducían a la Iglesia al compromiso con el ocupante nazi, en Polonia aquella resistía al costo de sus dos mil curas exterminados por el nazifascismo. También se debe conocer la trayectoria de Karol Wojtyla o Juan Pablo II, y que la Iglesia en Polonia ha prestado amparo a las luchas obreras y servido de contrapeso al poder del partido y del Estado desde 1944 en adelante.

Pero tal vez más importante que todo lo anterior sea tener presente el hecho que el catolicismo, a través de su código moral, presta una concepción espiritual del hombre superadora de la

tal, en términos que comprendiera una real renovación moral del poder y de la sociedad en el país. Al contrario, lo tradicional en la lucha por el poder en Polonia es que ésta se concentra en torno a los aparatos represivos, casi limitándose a ellos; cuestión visible incluso en las luchas por el poder en el POUP ya como partido de gobierno. En tales circunstancias, los cambios en la cúpula son sólo eso y, peor todavía, combatido el poder represivo con los mismos métodos que le son propios, éstos terminan por permear al "renovador" que los hace suyos para ejercer el poder. El apego del pueblo polaco al código de la moralidad cristiana y en consecuencia a la Iglesia, refleja la fuerza del rechazo social a los métodos predominantes, amorales y prescindentes de las masas en la lucha y el ejercicio del poder.

El marxismo, pese a su esencia humanista, para los polacos no constituye opción moral, toda vez que se les presenta como la ideología oficial del poder por ellos cuestionado. Incluso quienes en Polonia se definen marxistas asumen el marxismo problematizándolo a tal grado que sus reflexiones resultan exóticas —por avanzadas— a quienes aún realizan una lectura del mismo sesgada por interpretaciones dogmáticas o ideologizantes.

mico —que en 1978 alcanzó apenas el 2.3% mientras el conjunto del área socialista creció ese año en un promedio de 4.6%—, el aumento drástico del precio de la carne y de otros bienes de consumo básico debido al retiro de la subvención gubernamental a los precios, la que equivalía al 40% del gasto estatal. Esta política que el ex Primer Ministro Babiuch llamó de "verdad en los precios", tendiente a restringir el ingreso y el consumo popular, contrasta con hechos como el aumento, en 1979, del aporte polaco a los gastos militares del Pacto de Varsovia (el 5% de su PNB es dedicado por Polonia al armamentismo) y con el nivel de vida superior de los miembros de la "nomenklatura". En el origen de las huelgas parciales de julio del año pasado está este tipo de consideraciones.

Como telón de fondo figura la pertenencia de Polonia al Pacto de Varsovia, su calidad de parte del "área socialista", la hegemonía soviética o, como eufemísticamente lo denomina la oposición, la cuestión de la "seguridad nacional" del país. Situación ésta que, de una parte, conduce al movimiento social a autolimitar sus aspiraciones y, de otra, a sectores del POUP y de la Iglesia a apoyarse en ella para exigir moderación a *Solidaridad*, para fortalecerse al interior del partido en el poder o para conservar el espacio ganado al Estado, respectivamente.

Así, el difunto cardenal Wyszynski, durante la huelga de Gdansk, dijo en privado que "se consigue más por medio de la oración que por la huelga" y en público, en agosto de 1980, llamó a los creyentes "a colaborar con todas sus fuerzas en la cosecha", mientras Juan Pablo II en Roma hacía invitaciones similares. Los curas jóvenes, por el contrario, se comprometían decididamente con las luchas de los obreros. Babiuch, en tanto, advertía: "Polonia tiene amigos fieles, que se preocupan por nuestra situación. Ellos creen que podremos superar las dificultades solos y lo desean de todo corazón." Gierek, aún en funciones, o sea antes de enfermarse, sentenció al respecto: "Nuestro régimen social tiene una gran influencia internacional. Es un elemento fundamental del orden instaurado en Europa después de la segunda Guerra Mundial. Hay límites que no se pueden pasar: es la razón de Estado polaca."



crisis de valores de la sociedad polaca contemporánea. Como vimos, la lucha de masas no fue ajena a la instauración del Estado de transición en Polonia al fin de la segunda Guerra Mundial. Sin embargo, esta lucha no llegó a convertirse en una revolución propiamente

Crisis y seguridad

La crisis económica —que parece haber dejado de ser un "fenómeno intrínseco y exclusivo del capitalismo"— en Polonia se expresa en datos tales como: la baja tasa de crecimiento econó-

Las diversas fuerzas

Este trasfondo explica la calidad y sentido de las maniobras de las diversas fuerzas en liza. La actual alta jerarquía del POUP —o sea, Kania, Kazimierz, Barcikowski y Jaruzelski (general de ejército, opuesto al uso de la fuerza para aplacar las huelgas en agosto de 1980)—, hoy erigida en el centro político partidario, se acercará a la Iglesia para que ésta mediatice el movimiento. A su vez la Iglesia, en defensa de lo ya conquistado discriminará entre opositores “buenos y malos” —Kuron, Michnik y en general la “disidencia marxista”, serán encasillados en la última categoría— y se esforzará por rodear a Walesa, católico fervoroso, de consejeros intelectuales, fieles a la fe romana. En el POUP, opositores a la “renovación”, jugarán a montar una provocación y a entorpecer las reformas con el fin de apurar planteamientos de descontento de la URSS, cansar a la población, generar una imagen de caos que atraiga hacia sus posiciones a la jerarquía militar y, eventualmente, detonar un golpe de Estado con apoyo soviético.

La oposición restringirá sus demandas, especialmente en lo relativo a la cuestión del poder y de la “seguridad nacional”, pero agudizando al extremo de la intransigencia sus reivindicaciones de carácter interno —es decir, los 21 puntos de Gdansk: libertades de discusión, organización, expresión, prensa; derecho a huelga; participación en las decisiones sobre distribución de inversiones para acumulación y consumo; término de los privilegios de los *aparatchiks*, la milicia (policía) y el ejército; etcétera— en la perspectiva de agudizar las contradicciones al interior del POUP y del ejército. En igual sentido, la oposición privilegia interlocutores del ala reformista (por lo de partidaria de las reformas democráticas del sistema) del POUP, en la cual especialmente destacan personas como Tadeusz Fiszbach —secretario del POUP en Gdansk, que se opuso a la represión policial del movimiento—, Rakowski, actual vice-primer ministro y desde hace mucho director de la revista *Polityka*, y otros. Esta “ala reformista” también hace su propio juego y se apoya en el movimiento social para aislar a los “duros” del partido e impulsar la “renovación”, y en ese sentido propicia el

encuentro con los “hijos pródigos” del POUP —Kuron, Modzelewski, y otros, cuya raíz marxista los hace más aceptables para la militancia comunista.

Apolíticos políticos

Si bien el contenido ético del movimiento social polaco es un ingrediente del que ningún intento interpretativo puede prescindir, no se puede encarar el problema y su solución sólo con tal criterio. En este tipo de error han incurrido “observadores” de izquierda, militantes revolucionarios y hasta partidos en su conjunto que se limitan a resaltar el carácter espontáneo de la protesta obrera, su sentido autogestionario extremo, que se trata de la primera ocasión en que se realiza el aserto marxista de que la revolución o es obra de las mismas masas o no es tal revolución, en fin.

El idealismo derivado de los deseos apremiantes o nacido de las frustraciones revolucionarias intenta así suplantar la realidad de que toda revolución comprende un problema de fuerza y de su organización. Con ello, se olvida por ejemplo que para hacer posible la revolución como obra del pueblo mismo, y para hacer posible la discusión de igual a igual entre los obreros polacos y Jagielski, en agosto de 1980 en Gdansk, medió la acción de gobierno del POUP permisiva del acceso generalizado del pueblo polaco a la cultura. Así también, se omite el reconocimiento a la actitud mayoritaria del POUP en favor de declinar el uso de la sola fuerza para contener el movimiento, la cual por cierto no “cayó del cielo”. Por último, tales idealizaciones desconocen la función de organizaciones —como el KOR, fundamentalmente— que aún cuando no se definen como partido en sentido estricto, jugaron ese papel al definir el proyecto político del movimiento social, alimentar la llama (chispa, la llamaba Lenin) del fuego revolucionario cuando el horizonte era un páramo y, sobre todo, al permitir —por medio de su periódico *Robotnik* y de su organización— la articulación nacional del movimiento social y la generalización de las experiencias de lucha parciales del mismo.

La polvorienta tradición

Para Marx y Lenin, el socialismo es el

período histórico de transición a la sociedad sin clases. Sin embargo, Polonia y en general los países del llamado “socialismo realmente existente” parecen obligar a una reflexión al respecto. En ese sentido es oportuno recordar una opinión de Rosa Luxemburgo sobre las “verdades reveladas”: “Toda ideología se distingue por su conservadurismo, y la ideología del movimiento obrero está sometida a esas mismas leyes a pesar del carácter revolucionario de su concepción del mundo [. . .] Ciertos puntos de vista constituyen un saber [. . .] conservado intacto en el bálul de la socialdemocracia, aunque las condiciones sociales correspondientes hayan desaparecido hace mucho tiempo de la escena. Y es precisamente en el momento en que nuevas necesidades vitales del movimiento, nacidas del desarrollo, entran en contradicción flagrante, en conflicto, con las polvorientas tradiciones, cuando la opinión pública las saca a relucir nuevamente y las somete a una crítica fundamental.”

Polonia hoy ha sacado a relucir la polvorienta tradición consistente en la idea que las sociedades resultantes de revoluciones anticapitalistas son “el socialismo”, desde la conquista del poder político por la clase obrera hasta la extinción de las clases y del Estado.

Pero, las revoluciones triunfantes se han dado en aquellos países que no consumaron las tareas de la revolución democrática burguesa. Consiguientemente, la “revolución proletaria” se ve forzada a llevar a término dichas tareas inconclusas —de hecho bajo la conducción de la tencoburocracia estatal y partidaria—, entre las cuales se cuentan: el facilitar el acceso general a la cultura, crear la necesaria disciplina laboral, industrializar, democratizar, dignificar el trabajo y al trabajador como fuente de toda riqueza, y pregonar, en consecuencia, el necesario respeto e inmunidad del mismo.

Simultáneamente con las tareas anteriores, la revolución proletaria se aboca al desarrollo de las tareas propiamente socialistas: la socialización de los medios de producción y del poder.

Más sin embargo, aunque las revoluciones anticapitalistas victoriosas han abordado y, en parte, realizado ambos tipos de tareas, la socialización de los medios de producción se limitó a la estatización y la del poder a su ejercicio por el partido. Así, actualmente, en los

países del "socialismo realmente existente" la dinámica que conduce al socialismo se haya detenida en la culminación de las tareas democrático burguesas.

En la medida que por la necesidad de legitimar el poder revolucionario se presenta esta forma de sociedad como "el socialismo" —en una ideologización de éste—, se cancela el carácter único e ininterrumpido del proceso conducente al socialismo, y la realización de este último se ve forzada a realizarse por medio de convulsiones y sobresaltos (verdadera revolución en la revolución), como en Polonia. Asimismo, en estas sociedades la estructura de la economía, de la planificación, del Estado y del partido, y la organización de la sociedad —aparentemente bajo una forma de la democracia directa— al obstaculizar *de facto* el control y la participación social en el ejercicio del poder, propicia la separación y autonomía de la tecnoburocracia como clase dirigente, alienta su tendencia a reproducir su dominio y a perpetuar sus privilegios, así como impulsa la necesidad de su "derrocamiento" por la fuerza.

Transitoriedad dudosa: como ayudar

Polonia hoy, representa la primera posibilidad seria —desde que las masas son partícipes y protagonistas de ella, y desde que se proponen restablecer el control social sobre el poder y los medios de producción— de superar este tipo de sociedades, cuya transitoriedad, así como su supuesta tendencia intrínseca a la autoeliminación, es cada vez más dudosa. De ahí que no sea aventurado afirmar que Polonia 1980-1981 es a estos regímenes posrevolucionarios, lo que la Comuna de París al capitalismo. Ciertamente es de desear que sus suertes no sean

idénticas, pero para que la actual revolución del pueblo polaco triunfe es preciso convertir las buenas intenciones y las consideraciones ético políticas conducentes a simpatizar con ella en fuerza de apoyo real, en solidaridad internacionalista efectiva.

Polemizando sobre la cuestión nacional polaca entre 1893 y 1918 —con Kautski, Adler y otros—, Rosa Luxemburgo, militante del Partido Social Demócrata del Reino de Polonia, sostenía que el programa nacionalista del Partido Socialista Polaco iba a contrapelo del sentido general del desarrollo social, pues en su país aquél pasaba por la revolución en el imperio ruso y no por la restauración de Polonia como Estado independiente, aunque agregaba: "en cada país la cuestión de las nacionalidades varía con el tiempo, y ello debe obligar a una consecuente modificación en la valoración de estos fenómenos".

Ahora, sin duda, el sentido del desarrollo social exige la existencia y defensa del Estado, y la nación polaca, de su soberanía y autonomía.

En su tiempo, Lenin y los bolcheviques fueron acusados —por el poder establecido, y por sus adversarios— de agentes alemanes; los revolucionarios salvadoreños hoy son tildados de "marionetas de Moscú" y otras lindes alucivas a Cuba y a Nicaragua.

Bibliografía principal:

Autogestions núm. 5 (revista trimestral del Centro Internacional de Investigaciones sobre la Autogestión, CICRA), París, primavera 1981.

Bohdan Cywinsky: "La sangre de Polonia y el polaco de Roma", en *Nexos*, núm. 40, México DF, abril de 1981.

Le nouvel Observateur núms. 818 al 864, París del 12 de julio de 1980 al 1º de junio de 1981.

Le Point núms. 413 al 455, París, del 18 de

Estas adjetivaciones son propias de los defensores de mezquinos de privilegios, que con ellas pretenden desacreditar las fuerzas políticas y sociales que luchan por el progreso. Algunos, en Polonia quieren ver sólo la "mano negra" de la CIA, el dinero de la AFL-CIO, jesuíticas maniobras eclesiásticas y la conspiración imperialista. La agencia *Tass*, por ejemplo, en cable fechado el 27 de agosto de 1980 afirma que "La crisis polaca es resultado de la acción de alementos antisocialistas sostenidos desde el exterior por enemigos de Polonia." Es atribuirle al oscurantismo una capacidad de convocatoria que por su propia naturaleza no tiene, ni poseerá. Simplemente se trata de un pueblo que ha resuelto ponerse en acción y en movimiento atrae y combate la presencia de esos factores, los sopesa y esquivo, asumiéndolos como lo que son: un obstáculo más a superar.

Así, la "Comuna" de Polonia procede a desempolvar —paciente, cuidadosa y rigurosamente— el pesado baúl de añejas ideas que hoy por hoy llevan a cuestas quienes intentan transformar al mundo en sentido socialista. Se puede ayudar. . . a condición de hacer de la emoción, ilusiones y esperanzas que despierta Polonia 1980, fuerza política. (X)

agosto de 1980 al 6 de junio de 1981.

Georges Haupt: "Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional"; en *Cuadernos Políticos* núm. 21, México DF, julio-septiembre de 1979.

Antonio Moscato: "Polonia: las redes de la fe"; en *Nexos*, núm. 42, México DF, junio de 1981.

Palos de la crítica núm. 2-3, México DF, octubre 1980-marzo 1981.

Andrzej Stawar: *Libres ensayos marxistas*; ERA, México DF, 1977.

EL TRIUNFO DE MITTERRAND EN CHILE

"Una declaración del Frente Socialista de Chile indicó que 'consideramos un error retirar la representación diplomática francesa en Santiago'. A juicio de esa entidad, lo apropiado es mantener una relación distinta a la anterior entre esa representación y los sectores democráticos chilenos.

Un personero socialista —Eduardo Long Alessandri— envió un cable al nuevo presidente de Francia, festejando su triunfo como 'victoria de todos los socialistas del mundo'."

Hoy núm. 200, Santiago de Chile, 20 al 26 de mayo de 1981.